

(Jon Juaristi *dixit*) capaz de justificar el equívoco empeño. De lo que no se trataba, en todo caso, era de buscar rutilidad a lo que por aludir a la poesía viene a ser, de suyo, gratuito y desinteresado.

La poeta norteamericana Marianne Moore escribió el breve y conocido poema titulado «Poetry» («Poesía»). Leyéndose a sí misma, concluía:

A mí tampoco me gusta.

Hay cosas más importantes que toda esta alharaca.

Al leerla, empero, con total desprecio, uno descubre en ella, después de todo, un lugar para lo genuino.

«A place for the genuine». W.H. Auden en su ensayo «Hacer, conocer, juzgar»²⁵ escribió: «Creo que cualquier poeta se haría eco de las palabras de Marianne Moore: "A mí tampoco me gusta"». No sabemos si el sentido autocrítico de Gamoneda suscribiría, para sus poemas, ese tajante primer verso. O si la necesidad que sustancia su poesía le permitiría estar de acuerdo con el segundo. Ni si, en fin, podría leerse a sí mismo con ese «total desprecio» que esgrime la Moore. Si sabemos, en cambio, que al final, una vez cerrado —siquiera momentáneamente— el círculo de la lectura, no es aventurado afirmar que a la poesía del autor de *Edad o Libro del frío* le competen plenamente los adjetivos de los que se sirve el Diccionario de la Real Academia para la entrada «genuino-a». La poesía de Antonio Gamoneda es pura, propia, natural y legítima. El mundo en su mejor lugar.

Álvaro Valverde

²⁵ Auden, W.H. *La mano del teñidor*. Barcelona, Barral Editores, 1974.

Las tres hispanidades de España

Sólo un hispanoamericano podía decir lo que él dice, y decirlo como él lo hace. Nuestra historia común, contada por un español siempre parecería «imperialista» del lado de allá, interpretada y sometida al *décapage* corrosivo de la mirada de Carlos Fuentes, resulta estimulante porque suscita la controversia, impone la humildad sin herir el orgullo, contagia el optimismo y halaga la vanidad, al ofrecernos en ese espejo desenterrado el rasgo más auténtico de nuestro rostro, tantas veces «perdido»: nuestro perfil hispanoamericano.

Carlos Fuentes hace ya tiempo que se ha curado de la obsesión de la genialidad y ha alcanzado el estado envidiable de la sinceridad desde el que puede decirse todo, y diciéndolo, se acierta más que se yerra. Carlos Fuentes pasea el espejo desenterrado por el camino de esta historia común, y los quinientos años de recorrido los sintetiza en poco más de cuatrocientas páginas¹. Las verdades incómodas y la halagüeña leyenda, el análisis y la anécdota, la información puntual y el *calembour*, la reflexión histórica y la imaginación política, la dura crítica y el apasionado amor, configuran estas ardientes páginas que primero fueron pensadas para la televisión

¹ Carlos Fuentes, *El espejo enterrado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, Col. «Tierra Firme».

inglesa y ahora en texto solmenan esa apatía habitual que nos reserva o nos excusa cuando de pensar lo que somos o lo que queremos ser se trata.

Puesto ante la fecha del 12 de octubre de 1992, quinientos años después de la llegada de Colón a tierra americana, Carlos Fuentes contempla la efemérides que tejieron esos cinco siglos con la mirada heterodoxa de un restaurador que desprecia «el lejos» y la iluminación central, y que prefiere atenerse a la verdad de las capas de pintura, a los relieves, los retoques, los añadidos, las agresiones exteriores y las de la edad, y con el microscopio, la lámpara fluorescente, el alcohol o la acetona, puede llegar a sorprender el proceso de creación, las etapas sucesivas de barnices, los *craquelés* y la pátina. Para Carlos Fuentes parece como si el «Descubrimiento» hubiera sufrido el recubrimiento del polvo de los años y del mal de las envidias, y fuera preciso rascar con el escalpelo y lavar a fondo para arrancarle las amarilleces del olvido y ver descarnadamente los graves desperfectos, las pátinas falsas, las burbujas o las grietas que se han ido produciendo. Con paciencia y honestidad profesional, se sienta ante el inmenso tejido de años y milímetros a milímetro, sin perder la perspectiva unitaria, va recobrando figuras y signos, luces y sombras.

Nuestro destino mediterráneo en la cuenca europea, la Península como fin, como *finis terrae* de las marejadas invasoras: griegos, cartagineses, romanos, godos, árabes... dejaron su huella en la Península, huella que en forma de religión, lengua y derecho fue llevada a la otra orilla, cuando los hechos, las realidades, fueron vencidas por la hipótesis: detrás del final de la tierra, había otra tierra: América.

La Reconquista es vista con sagacidad y perspicacia por el autor que pone el énfasis en ese espacio movedido: *frontera*, trascendental en los siglos de la guerra santa, porque propició el establecimiento de las ciudades y debilitó el poder feudal. «El concepto de repoblación le dio a España una característica diferente de Europa..., su capacidad para crear nuevas ciudades» (pág. 74). Capacidad que puso a prueba en el Nuevo Mundo. Con cierto desparpajo, Fuentes considera que «los ejércitos de la Reconquista fueron la semilla de los ejércitos latinoamericanos». Es probable que historiadores o estrategas militares tengan su controversia que oponer a este punto.

Las clases urbanas, en esa España conquistada palmo a palmo, adquieren estatuto o fuero local, y privilegios; acceden a la condición de ciudadanos. Basadas en sus fueros o estatutos, las ciudades medievales desarrollaron derechos de autogobierno y se reunían en ayuntamientos para tomar decisiones sobre asuntos públicos. También en este núcleo hispánico municipal, anterior al Descubrimiento, enraiza Fuentes la actividad democrática de los países hispanoamericanos: «Nuestra actual vida democrática tiene sus asentamientos (...) en las poblaciones medievales. A menudo nos hemos engañado a nosotros mismos ignorando la tradición propiamente hispánica de nuestra democracia, fundada en el municipio libre» (pág. 78).

Otra tradición, acaso más fuerte que la democrática, fue la cultural, apadrinada por la coexistencia en España del cristiano, del musulmán y el judío. Cultura de síntesis la nuestra, fue la más capaz para asumir en América la variedad de razas y culturas evolucionadas a ritmo diferente. La convivencia no lo fue en el plano de igualdad ni siempre fue justa y pacífica, pero el español no dudó en mezclar su sangre con el indígena y el mestizaje americano se llevó a cabo. Un nuevo orden autocrático, perfectamente centralizado en lo horizontal, se estableció con rapidez sorprendente. La única evasión posible lo fue en lo vertical, hacia el cielo ultraterreno, orgánico también.

Sin entrar a fondo en la discusión terminológica «descubrimiento-encuentro», pero transando abiertamente por la escasa trascendencia de la denominación, Fuentes piensa que en efecto los españoles descubrieron a los indios, pero también los indios descubrieron a los españoles. Por otro lado, en la perspectiva de la evolución histórica, «el llamado "descubrimiento" fue un gran triunfo de la hipótesis científica sobre la percepción física». O un triunfo de la razón sobre la ignorancia, y supone en la Historia de la Humanidad —mucho más allá de quién descubrió a quién— el origen del pensamiento moderno, liberado de la autoridad de la Revelación². A partir de entonces, como dice el autor, «todo

² Alain Finkielkraut, en su libro, *La derrota del pensamiento*, en el capítulo que dedica a «La filosofía de la descolonización» dice: «El descubrimiento del Nuevo Mundo supuso el origen del humanismo (...) Los europeos se dieron cuenta de la relatividad de sus

fue posible»; los europeos supieron que las imposibilidades que negaban eran solo las que ignoraban.

Si la Atlántida y la edad de oro fueron ocasiones premonitorias que confirmó la hazaña de Colón, las cartas de Pedro Mártir y el Padre Las Casas «anticipan» al buen salvaje, de Rousseau, y también —esto no lo dice Fuentes— al Calibán de Shakespeare. La Conquista y la Colonia, era de esperar, deja al descubierto la gran grieta de la ambición y la falta de equidad de los españoles. El repartimiento de la tierra como derecho de conquista, la distribución de mano de obra indígena, los crímenes, la rapacería de capitanes, el cohecho de oidores y gobernadores, desprestigian la obra de España, si bien la Corona trató siempre de mediar, de combatir esta forma insidiosa de esclavitud, de controlar las pretensiones feudales sobre el suelo americano de los conquistadores y sus descendientes. Por las Leyes de Indias, promulgadas en 1542, la *encomienda* es abolida pero se mantuvo disfrazada de *repartimiento*. El padre Vitoria trató de poner límites al poder colonial mediante el derecho de gentes, auténtico prefacio de los derechos humanos y base del derecho internacional.

Las comunidades rurales se fueron constituyendo en núcleos puramente indígenas y en aldeas mestizas. En ellas se alzó en muchas ocasiones un poder local cuyas esferas no llegaba a tocar la autoridad central y que dio lugar al caciquismo, forma política de explotación y temor que —según el autor— persiste hasta el día de hoy y que sobrepasa las responsabilidades hispánicas. Estas formas y modos no son difíciles de explicar si se comprende el fuerte «sentido de continuidad entre las estructuras verticales del imperio Habsburgo y los del mundo azteca y quechua», incluso el concepto de dominio eminente del Estado. Quizá no estemos tan de acuerdo en la interpretación que Fuentes hace de la concepción de las colonias como patrimonio real y no del pueblo español, «...pues México, Perú o Chile eran reinos añadidos a las posesiones del rey de España y no del pueblo español» (pág. 147).

Más allá de todos los abusos, los oprobios, las negligencias, los crímenes de sangre o los psicológicos, surge con impronta indeleble el mestizaje del arte barroco colonial, donde el artesano indio conquistado, se desquita, alzándose a conquistador de un nuevo cielo en el que pone ángeles con cara de indios buenos y demonios con

penachos de plumas, ojos saltones, fauces obscenas y cabellos rojos, remedando a los conquistadores. Y porque los españoles fueron conquistados por América, la cultura fue la de mayor capacidad de síntesis, la religión fue un adensado sincretismo religioso, y la lengua fue el instrumento de la independencia, de la libertad y de la crítica.

Hoy, este idioma que hablamos cerca de trescientos millones de hombres, sirve al autor del libro que comentamos para expresar la proyección imaginaria de lo que podría ser un «paraíso» convivencial. En medio de la crisis política generalizada, de la crisis económica, de la evidencia de grandes desigualdades sociales, la crisis de las cuatro «D» (deuda, drogas, desarrollo, democracia), la única certeza de América Latina es su continuidad cultural, la tradición, homogénea —por la historia y la lengua común— y múltiple —por su gran riqueza y variedad—, y es la base de lanzamiento hacia el desarrollo de los otros polos, político y económico, de la modernidad.

Hay que señalar con aprobación agradecida que pocas veces Fuentes utiliza la expresión «América Latina» o «Latinoamérica», expresión «inventada por Francia en el siglo XIX para incluirse en el conjunto americano», según explica él mismo en otro lugar³, explicación que le ha valido doloridas críticas por parte de los comentaristas franceses: «No es la única vez que Fuentes planta banderillas en el lomo del gallo galo: nos gustaría que se explicase sobre esa hostilidad que como un hilo rojo recorre su pensamiento, él que ha sido embajador en París» (*Le Nouvel Observateur*, 17-23 dic., 1992, pág. 50). América Hispana, o incluso, Indoafroiberoamérica, le cuadra mejor.

Tanto el cuerpo de letra de la impresión, como las espléndidas ilustraciones, los árboles genealógicos, los índices y la bibliografía, hacen de esta edición del Fondo de Cultura, en la colección «Tierra Firme», un libro de mesa (no de cabecera) imprescindible de los hispánicos de las tres hispanidades: la de la América hispánica, la norteamericana y la peninsular. Y a éstos, a los hispa-

propias creencias y del hecho de que el hombre podía sostenerse solo, actuar y reflexionar, distinguir el bien y el mal sin la luz de la fe. Barcelona, Anagrama, 1987.

³ Leopoldo Zea aclara el origen de la denominación y también dice: «Ha sido el genio colonialista de Francia el encargado de tal bautizo», en *Latinoamérica, Tercer Mundo, México, Extemporáneos*, 1977, pág. 14.